

LELIA.

Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en vuestra posada y hablaremos mas largamente.

MARCELO.

Pues mira que no dejes d'ir: cata que te quedo aguardando.

LELIA.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta: á Dios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Calle.)

GERARDO.

¡Oh! váleme Dios y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo que despues que hablé á Verginio sobre tomar por muger su hija Lelia, parece que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar hácia su estancia á darme otro tiento, como que voy á otra cosa, mas primero es menester advertir á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás sorda?

ESCENA II.

GERARDO. GUIOMAR.

GUIOMAR.

Ya vo, señor. ¡Jesú! ¡Jesú! libramela Dios de la diablo.

GERARDO.

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondais? ¿Qué hacíades allá dentro, dueña?

GUIOMAR.

¿Eso me lostí, señor, delante de las honras de mi cara? farta de la haciendas tenemo que facer.

GERARDO.

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR.

¡Ay señor Jesucristo! ¿qué haciendas me lo pides? Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

GERARDO.

Bien.

GUIOMAR.

Enapué ¿no me manda señora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO.

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

GUIOMAR.

Sin, señor, y de jamin y de monqueta para adobar a que le guante que le tiene comendaros.

GERARDO.

¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIOMAR.

Anagoras, señor, y dícame señora Clavela: callán, fija Guiomá, aprender ben á colar las flores, que yo te prometos cuando san francas, que te casamo con un mequera de aque se que adoba la guante.

GERARDO.

¿Qué es aque so de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIOMAR.

No, señor; que ya tenemo un prima mia contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, señor, queremos muntipricar á mundos.

GERARDO.

Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

GUIOMAR.

Que me placer, señor, sin que me la mandas.

GERARDO.

Anda vé.

ESCENA III.

GERARDO. GUIOMAR. CLAVELA.

GUIOMAR.

Señora, que lecir señor...

CLAVELA.

Asi, ¿qué es lo que dice?

GUIOMAR.

Que vosamerced pare ventana, que queremos hablar con eya.

CLAVELA.

¿Qué me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga á ti qué es lo que quiere.

GUIOMAR.

Anda, señora, dal'en diablo aquesan monadiya, turo dia trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amen.

CLAVELA.

Aqui á la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

GERARDO.

No cosa ninguna, que si os envié á llamar no fue mas sino por no decillo á esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio padre de Lelia á

demandar por mí, le digais que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará: no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

CLAVELA.

Pierda cuidado.

GERARDO.

Si á tu señora se le olvidáre, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Que me placer, señor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

GERARDO.

Esos sean para ti, perra.

CLAVELA.

Déjela, señor, que yo me acordaré dello: vaya en buen hora.

ESCENA IV.

CLAVELA. GUIOMAR.

CLAVELA.

En buena fe, pues la calle está sola y no parece nadie, quiero sentarme aquí á la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

GUIOMAR.

Como tú la quieres, señora mi álima la corazon.

CLAVELA.

Entra allá por tu vida y tráeme mi almohadilla,

y entretanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estes aqui acompañando.

GUIOMAR.

Facémolo como mandar, por ciertos.

CLAVELA.

¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en ti que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, di?

GUIOMAR.

Toma, cáatala ahí tu almonadilla, señora.

CLAVELA.

Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aqui un asiento.

GUIOMAR.

Chuchuleta, machacha. Señora, no responder, piensa que sa muerta.

ESCENA V.

CLAVELA. GUIOMAR. JULIETA.

JULIETA.

¡Ay amarga de mí! ¿y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

CLAVELA.

¡Ah, señora Julieta! ¡ah, dueña! ¿No salís?

JULIETA.

Sí, señora, heme aquí: ¿qué manda?

CLAVELA.

¿Qué hacíades allá dentro, picuda?

JULIETA.

Sí, picuda: ¿qué había de hacer?

CLAVELA.

Sácame aquí un asiento, y dejaos de rezongar.

JULIETA.

Sí por cierto, ¿y todo eso era? ¿qué, no podía traello la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

GUIOMAR.

Anda, ofrézcode an diablo: trae aquí un par de monadiyas en que sentar señora.

JULIETA.

Pues agradeceldo á quien está delante que en buena fé que.... quizá....

CLAVELA.

Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebató un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

JULIETA.

¿Pues por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

GUIOMAR.

Mírame la salamandera. ¿Ha visto qué pantasa tiene, cara de sin gorgüenza?

JULIETA.

¿Oiste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza? ¿Quién es ella, así la arrastren?

CLAVELA.

¿Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa: calla tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que praguntar quién sa yo? Mira, mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la marques de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JULIETA.

Sí, sí, no le ronqueis.

CLAVELA.

Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tia, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay señora! ¿pensar vosamercé que san yo fija de alguno negra de par ahí? Ansi haya bono siglo álima de doña Bialaga, señora.

CLAVELA.

Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

GUIOMAR.

— Sí, señora, doña Bialaga yamar señora mi madre, y señor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir don Diegos.

JULIETA.

— Mira como quereis esos bledos: ¡qué gentiles nombres para un podenco!

GUIOMAR.

— Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar Diguito, como señor su saragüelo.

CLAVELA.

Su agüelo dirás.

GUIOMAR.

Sí, señora, su sabuelo.

CLAVELA.

¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIOMAR.

— ¡Ay señora! no me la mientes, que me face lágrima yorar. Téngolo, señora, la India le san Juan de Puntorico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquela ringlonsito tan fresco como un flor de aqueso campo. ¡Ay entraña la mia, fijo mio!

JULIETA.

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIOMAR.

— ¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria,

mandaria! Plégata Dios que mala putería te corra y no veas carralaselendas.

CLAVELA.

— ¡Ay amarga! ¡Qué carnestolendas, y qué mal pronunciadas!

JULIETA.

Mal corrimiento venga por ti, amen.

GUIOMAR.

— Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomáme contigos.

JULIETA.

— ¡Miren qué fantasía! Pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que á todos los negros y negras hagan pólvora.

GUIOMAR.

— Cagajon para'l, merda tomá pala vos y á mandamento (*).

CLAVELA.

— Y déjala, Guiomar, que es una loca: sino dime, ¿qué es lo que tu hijo te envió á decir?

(*) Estas indecentes expresiones y otras bajas y soeces que se leen en las piezas de la presente coleccion, no se sufrirían hoy en nuestros teatros; pero aquí no pudieron omitirse, habiéndose de dar la verdadera y puntual idea de nuestra dramática en sus principios, y de manifestar los pasos por donde fue subiendo desde su rudeza primitiva hasta el estado de cultura y gala en que la puso el famoso Lope de Vega. (Nota de la Acad.)

GUIOMAR.

Aquella mochacho, aquella mi fijo métemelo á prinsipio de carta diciendo: Lustrísima madre mia Guiomar: la carta que yo te cribo no é para besamano, sino que sa bono, bendito sea Riós, loado sea Riós, amen. ¡Ay! Dios te la presie, fijo de la corazon y de lantrañas.

CLAVELA.

No llores, Guiomar, no llores.

GUIOMAR.

No podemos facer otro, porque tenemos latrógamo turo, turo yeno de fatriqueras.

CLAVELA.

Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la calle.

ESCENA VI.

LAURO. LELIA.

LAURO.

¿Qué te parece, mi Fabio, cuán desgraciados habemos sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos, y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA.

¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto

ciego es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella te aborrece por todo extremo.

LAURO.

¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio (y por aquella obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado), aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os ocupais?

LELIA.

¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de ti le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta? como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que á doncella de su suerte hacerse pudiesen.

LAURO.

¿Pues qué remedio?

LELIA.

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el aficion tan grande con que la sirves.

LAURO.

Cambiar el propósito no puedo.

LELIA.

Si no puedes, estáte así.

LAURO.
Ansi lo pienso hacer.

LELIA.
Poco ánimo tienes: parece que nunca en tu vida quisiste bien, sino que Clavela fue la primera que tu corazón comenzó á sojuzgar.

LAURO.
No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido ingrato á Lelia, hija de Verginio, romano (la cual á ti te parece en extremo), ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

LELIA.
Y dime, señor, ¿esa Lelia que dices es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

LAURO.
Muerta no: antes despues que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Lelia yo rescibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescebir.

LELIA.
De esa manera, señor, mal le pagas: parece que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

LAURO.
No: en ninguna manera.

LELIA.
¿Cómo no?

LAURO.
Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creido que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado á Lelia, me desama, lo cual, si ello es ansi, que de rabia muera. Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud desees) que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oirla mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿qué desmayo ha sido este?

LELIA.
Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazón, y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los pies no me puedo sostener.

LAURO.
Pues hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA.
No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAURO.

Hijo, vete á la posada y descansa.

LELIA.

El descanso tarde espero.

LAURO.

¿Qué dices?

LELIA.

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAURO.

Pues hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

LELIA.

Voy, señor, lleno de desconfianza.

LAURO.

Anda, que presto seré contigo despues de haber dado algunas vueltas por esta calle donde mi señora Clavela reside.

ESCENA VII.

VERGINIO. PAJARES.

PAJARES.

Hora, juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé á qué tengo d'ir ni á qué efeto vuesa merced me envia. Sé qu'el otro ni la otra no son ahora tan niños que no

sabrán venirse; cuantis mas que ya es hora de comer y la mesma hambre los ha de acarrear á casa, como á mochachos fuidores.

VERGINIO.

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y venirlos has acompañando.

PAJARES.

Qué, ¿no está bien cubrida?

VERGINIO.

No: acaba ya.

PAJARES.

Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

VERGINIO.

¿Paréscete que está bien cubierta?

PAJARES.

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VERGINIO.

¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, así la has de poner.

PAJARES.

¿Ansi? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VERGINIO.

Agora sí, toma este sombrero. *